

EL OFICIAL DE CAUSAS

Por Manuel Costales y Govantes.

Plumas, papel, tinta... cuidado que no estamos formulando ninguna cuenta de escritorio, y para evitar interpretaciones, diremos paleta, pincel, colores tenemos aquí a vuestra vista, limpio el lienzo, y la mano bastante diestra por mas que digan para trasladar a él, el personaje que nos proponemos describir.

- ¿Personaje? dijo al momento una voz no desconocida ¿y qué personaje es ese?.

-¿Ese? Ninguno. ¿No ve V. que está el lienzo sin una línea siquiera?.

- Bien, ¿pero qué se propone V. pintar?.

- ¿Pintar?... ¿Yo?...

Si señor; ¿pues no está usted frente al caballete, y en la una mano la paleta y en la otra esos pinceles?...

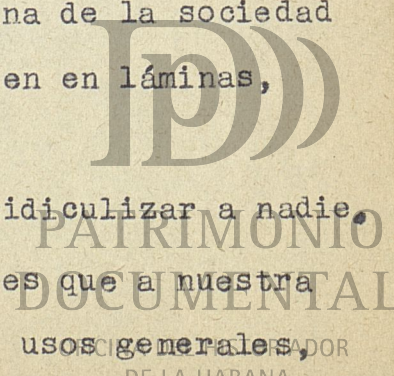
- Vamos... sí, es verdad... V. es uno de los que se introducen en todas partes, y se acercan, y todo lo ven... me ha sorprendido usted en este instante en que solo me creía...

- Cierto, pero... ¿qué diablos vá usted a pintar?.

- Voy a pintar el Oficial de Causas.

- El Oficial de Causas!!!... El Oficial de Causas!!!... Sobre que se han propuesto ustedes no dejar clase alguna de la sociedad que no saquen a plaza, y ridiculicen, y las pinten en láminas, y en artículos y...

- Está usted muy equivocado. No pretendemos ridiculizar a nadie. Describir costumbres, bosquejar algunos personajes que a nuestra sociedad pertenecen, no dañar a nadie, hablar de usos generales,



atacar los que sean desacertados y torpes, dar colorido local a esos cuadros, formar un cuerpo de obra cuyas páginas den conocimiento sino exacto, aproximado por lo menos del modo de ser entre nosotros, y de la influencia que en nuestros hábitos ejercen las numerosas clases que nos rodean, tal es nuestro propósito, santo, laudable, fruto de la observación y del estudio; y nadie avanzará hasta el extremo de combatir esas descripciones que con aplauso de los amantes de la literatura publicamos.

- "Sí, pero,... ya usted ve... que...

- Nada, nada vemos ahora. El Oficial de Causas es el único objeto que ante nuestros ojos ^{se} presenta, y hemos de pintarle con todos sus pelos y señales... ¡Oh tú Joaquinito cómo habías de escaparte de nuestras pinceladas, habiendo para ellas abundantes tintes y colores, siendo tu fisonomía tan pronunciada entre las faces sociales, y teniendo aquí este lienzo que muy pronto será un espejo en que verás tu imagen completísima... y tú impeterrito acuchillado cuyo nombre solo, es cifra de mil campañas que denodado has sabido vencer en concursos, testamentarias, intestados, ejecuciones, filiación, servicio, y toda la falange de procesos en que intervienes... y tú intrépido y locuaz.. y tú el de la risita fingida... y tú el eterno embrollador que haces dormir los expedientes a tu placer...

- "ya usted falta a los deberes del escritor de costumbres, ya usted hace aluciones, ya usted personifica... y ese es un ataque...

- No personificamos camarada, de nadie hablamos, a nadie aludimos, hacemos observaciones y nada mas: acopiamos, datos, unimos particularidades y si de todas podemos formar el personaje que hemos de pintar para que en él se vean como en el foco de un lente,

las costumbres generales que sin ofender a nadie describimos, entonces y solo entonces pintamos, y ni remotamente se nos ocurre lastimar en lo mas mínimo a esa clase laboriosa, honrada, dedicada con la mayor constancia al trabajo, a la cual apreciamos y queremos por sus virtudes, exceptuando a los que hacen entierros de cruz baja, o cobran al agente una firma dos veces, o no están a sus horas en el oficio, y nos persuadimos que ni una queja siquiera recibiremos pues a nadie habremos aludido, ni de nadie habremos hablado.

- Pues yo creo que usted hace mal mal, muy mal...
- Pues si hacemos mal, déjenos usted en nuestra ocupación...
- Pues me iré inmediatamente...

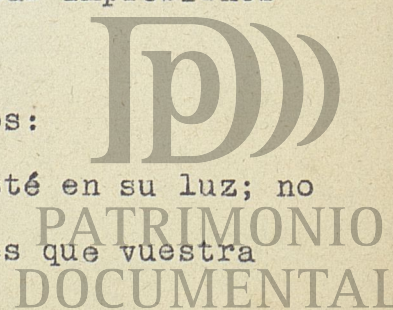
- Pues hágalo V. en feliz hora, y no vuelva a quitarnos el tiempo, ni a levantarnos polémicas, ni a contradecirnos, ni a distraernos.

- En hora buena, y hasta nunca, ¿eh?

Esto dijimos; fuese el majadero, y cerrando la puerta y picándonos ya la mano nos sentamos frente a frente del lienzo; arreglamos colores, bosquejamos la figura, y con sombras mas o menos fuertes, mas o menos suaves nos dedicamos a la obra, inspirados por la memoria, y sostenidos por la imaginación por esa potencia creadora, viva, palpitante, hermosa, que al fresco ofrece a nuestra vista, cuando ella vió en pasadas horas, y aun en remotos climas, hiriendo nuestros sentidos cual si recibiendo estuviesen las impresiones que nos conmovieron.

Y largo silencio pasó y largo espacio empleamos:

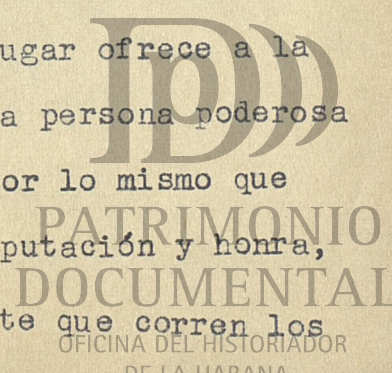
Ved pues el cuadro. Colocaos de manera que esté en su luz; no confundais las sombras, ni veais las negras tintes que vuestra



indiscreción, vuestra malignidad, o vuestra ligereza pretenda advertir, sino lo que hemos pintado, y nada mas. Aquí, mas cerca, no tanto, desviaos a la izquierda... eso es... miradlo ahora.

Ese hombre que atraviesa diariamente las calles de la ciudad, que entra y sale en algunas casas, que sube y baja escaleras; para volverlas a subir y bajar el siguiente día, que detrás o junto a él lleva a otro mas joven cargado de papeles que apenas puede debajo del brazo contener, es un Oficial de Causas, y el otro su escribiente, o ayudante que es lo mismo para al caso: este es parte integrante de aquel, y dice que solo por eso se trae a colación, que juste es, segun cierto principio, y salvas sean las excepciones, que lo accesorio siga lá naturaleza de lo principal.

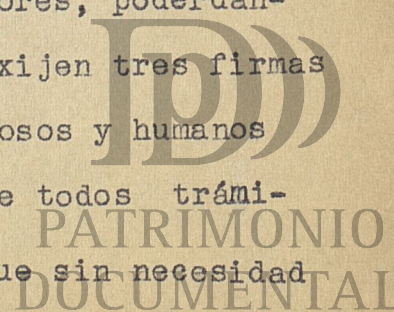
El Oficial de Causas, ese joven que a las nueve de la mañana entra en una escribanía, que suelta sombrero y bastón, que abre con una pequeña llave el escaparate-de cedro a su espalda, colocado, que se sienta delante de su mesa y se posesiona de ella, que vá colocando proceso, arreglando escritos, dictando oficios, extendiendo algunas notificaciones del día anterior, que apenas se ocupa de los objetos ni de las personas que le rodean, seguro de que se acercarán a él, los que de él necesiten; ese joven que con rostro sereno mira impassible a los demás, que alguna vez se sonrie pero solo con los labios; que otras manifiesta aspereza o resignación, que tan pronto ojea un proceso desde la primera hasta la última página como pensativo se detiene en algunos lugares de la actuación; este individuo finalmente que tanto lugar ofrece a la observación en sus anomalías y contrastes, es una persona poderosa e influente en la tranquilidad de las familias por lo mismo que en sus manos tiene sus bienes e intereses, su reputación y honra, que ambas cosas dependen muchas veces de la suerte que corren los



litigios.

Hemos dicho que el Oficial de Causas es persona poderosa e influyente, y no nos faltará ocasión alguna de demostrarlos. A las diez de la mañana, ha recogido ya infinitos escritos, tiene casi redondeada la audiencia del día anterior, salvo algunas intimaciones que aunque le faltan pronto llenará: arregla sus papeles, coge sus procesos, distribuye el trabajo con su escribiente, toma una pluma mal cortada por lo regular, se disponena ir a casa de los Tenientes, (esta era la expresión cuando los había) manda al ayudante a la de los asesores particulares, (también han desaparecido como nubes que lleva el huracán), pone en la pestaña de los escritos asesor Flores y Alcalde 1º, asesor Piedra y Alcalde 2º. etc. etc. entrega las firmas con cuenta y razón de las insolventes y de oficio y bien espera algun otro escrito que le interesa, o se va por su lado a despachar.

Al momento queda desierta la mesa, eternamente acompañada de una carpeta con mas cortadas que agujeros, un gran tintero cerca de su esquina atravesado por mas señas con un clavo que lo fija en aquella para evitar sin duda que en la salvadera lo equivoquen, a pesar de estar casi proscripto su uso y ventajosamente reemplazado por el mismo paño que cogido de un canto arroja sobre lo escrito la arenilla que pródigas manos derramaron sobre él. - Esto mismo sucede en todas las escribanías, hora muerta para el oficial de causas, pero viva, vivísima para el oficial de cuaderno que ve agruparse alrededor suyo infinitos vendedores, poderdantes, prestamistas, y usureros, no de esos que exigen tres firmas y cuanto saben sus víctimas, sino otros mas piadosos y humanos que al descuento y con hipoteca y con renuncia de todos trámites y pregones fijan el precio a la finca para que sin necesidad



35

y con la simple presentación del testimonio se proceda a su inmediato remate; y todos queriendo ser los primeros, que este es achaque frecuente en hombres de negocios, aunque no tengan mas que uno.

Y el Cartulario entre tanto impávido, sereno recoge certificaciones de pago, y averigua y pregunta si se satisfizo la hipoteca, si la alcabala está corriente, de quien hubo la finca el vendedor, si es casado, si tiene entredichos, si es menor, si su curador interviene, y mil y mil preguntas que dejan atónito al que por vez primera se acerca a ese lugar. Y luego muy serio, y sin mirar a los otorgantes, coge el cuaderno, y con una rapidez de vapor lee el extenso documento que acaba de escribir que tantas y tantas cosas contiene, y alarga la mano, y da la pluma, y los contratantes, que quedaron tan instruidos de lo que oyeron, como nosotros de lo que pasa ahora en Pekin, se sientan, y firman, y pagan los derechos, o no los pagan, y complacidos se van. Pero de esto en otra ocasión, que nos distraemos del punto principal, y el oficial de cuadernos será objeto de otro artículo que aplazamos para cuando tengamos tiempo, espacio, y sobre todo voluntad que es la única que domina en las altas regiones de la inteligencia.

Entra y sale el Oficial de Causas en el estudio de los asesores, entraba debemos escribir, que ya esto pertenece a la parte histórica de nuestro foro, y segun el interés que tiene por el pleito asi insta por el despacho: toma cualquier periódico, lee y espera o pronto se retira diciendo:

- "Licenciado, mañana despacharemos".

Y cuando ha repetido esta frase tres o cuatro veces, se aparece de súbito con un escrito de apremio, y en él un decreto en estos términos: "ocurra el escribano a primera audiencia" "Autos como están pedidos". Se entiende en el despacho; decretos que como en

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

nada perjudican, según dice el oficial, salvan de una molestia al abogado, porque de momento le libertan del despacho, y para esto se escoge precisamente la hora en que está mas entregado a su bufete. Amistoso y familiar, de todo habla, de todo pregunta, en todo entiende, salvas sean las excepciones, que de todo hay en la viña del Señor, y ustedes saben muy bien (hablamos con los oficiales) que estas son verdades y que nada suponemos, y que es bueno ^{el} callar, rie y se chancea, da su opinión sin pedírsela, pide prestado algunos libros, máxime si están en verso y sino que lo diga Pepé, se aplaza para la opera, o para el drama de la noche, se embulla para los toros, y cuenta cuanto en esos espectáculos ha pasado, haciendo extensivas sus palabras a empresas y conquistas amatorias al que siempre ha salido triunfante, amen de los bailes y gallos de temporadas ^a que nunca falta y que le dan ocasión para divertirse y entretenerse.

Hoy han variado las cosas de una manera notable: hoy el Oficial de causas ha perdido mucho y ganado tambien mas. Ha perdido entre mil cosas, que no todas son para escritas, la propina de los asesores, letrados calificadores, comisionados para remates, pruebas, declaraciones, etc. Ha ganado limitando sus diligencias a puntos determinados, no teniendo que ir a tantos y tan distintos estudios, de tantos y tan diversos asesores, pués adscritas las escribanías al despacho de un Alcalde mayor, a este juzgado y nada mas atiende el oficial de causas que acudir y aquí lo hace todo; provee, falla, sentencia que no es poca cosa que digamos cuando antes tenía que acudir a tan distintos y encontrados lugares.

A las doce o poco mas, ya está de vuelta en la escribanía; ya espera la audiencia que mandó firmar, ya tiene atestada la mesa de procesos, ya vienen los litigantes y agentes y procuradores, y sen-

tándose unos, acercándose otros, tomando la pluma o abriendo el cuaderno de providencias todos hablan y preguntan, y tosen, y fuman, y accionan, y se desesperan, y cogen, y sueltan el proceso; y él impávido, en medio del huracán a todos contesta, a todos habla, a todos satisface. Y extiende una notificación, y pone una nota, y dicta una orden, y folia un proceso, y coge otro, y pone en continuo ejercicio su incesante y prodigiosa actividad.

-¿Qué hay en la Castro? grita un imberbe escribiente.

-Autos, responde el oficial.

-¿Qué hay en el intestado de Recio?

-No han despachado.

-¿Qué hay en el concurso de Taravilla?

-¿Han venido las resultas de la Orden?

-¿Ya contestó esa gente el traslado?

-¿Cuándo pagan la asesoría?

-¿Está suelto el apremio?

-¿Ya se puso el testimonio?

-¿Evacuaron el reconocimiento?

-¿Firmó el Alcalde?

-¿Se aprobó el acuerdo?

-¿Ratificaron el escrito?

-¿Vinieron los testigos?

Y mil y mil preguntas en mil distintos procesos; y él respondiendo siempre bien, o mal, con verdad o sin ella, satisfaciendo a unos, desesperando a otros alegrando a muchos, entristeciendo a esotros con estas palabras casi siempre las mismas, y que cada cual pesca y las escribe en su cuaderno.

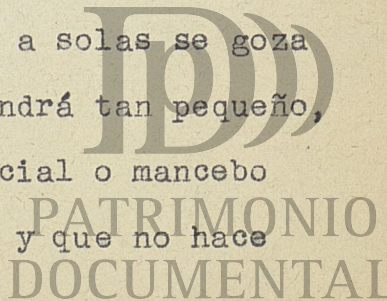
Traslado - Autos - No han despachado...

- Está en la firma...
- El asesor enfermo...
- No han dado para el papel...
- El ministro no ha dado cuenta...
- Lo tiene el escribano para notificar...
- No han venido las ratificaciones...
- Entréguense...
- Estése a lo provehido...
- Cúmplase lo mandado...
- Se oye en un solo efecto...

Y otras cosas parecidas que en sí envuelven los temores, la esperanza, los cálculos, el gozo, la incertidumbre, el anhelar continuo de los que tienen la desgracia de litigar.

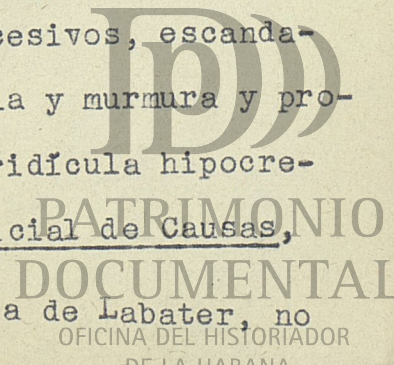
El Oficial de Causas, ese hombre que veis siempre afanado detrás de la mesa, entre escritos y procesos, es todo, o nada. Imparcial, a nadie se inclina, la misma actividad para unos que para otros, no revela el secreto de la prueba, no intriga en el remate, no influye con los peritos, no violenta los términos, no extiende notificación que no ha hecho, no dice el embargo decretado antes que se ejecute, no habla del asesor, no compele a los agentes para que se instruyan en víspera de dos o tres días feriados, no da copia de interrogatorios, ni de repreguntas, — es igual para todos.

Interesado en la causa, es todo lo contrario; a solas se goza de su minador influjo, y si algo le decis, se pondrá tan pequeño, que en una palabra os dirá "que es un triste oficial o mancebo de escribanía, que él no provee, que nada puede, y que no hace mas que cumplir con sus gravosas obligaciones".



Pero cuando despliega toda su actividad, cuando se multiplica hasta lo infinito, cuando está en todas partes, cuando no tiene hora segura en el oficio, cuando todo lo desatiende es cuando se trata del pago de costas, ¡Oh! entonces es prodigioso, entonces todo lo allana, todo lo facilita, todo lo remueve, todo lo anda y nada se queda que no venza y alcance su infatigable laboriosidad. ¡Oh! si le apurais, en un día, en una hora, redondea el expediente, lo pasa al tasador, embarga bienes, busca postor si de remate se trata, cobra, percibe, reparte el dinero no en pos de la cuarta, sino en pos de la propina que le dan abogados, procuradores, peritos, etc. etc.

Verdad es que todos se resisten al tiempo de liquidar, que hay clientes que vienen al estudio del abogado, (algunos nos están leyendo) por la mañana, al mediodía, de tarde, de noche, a todas horas; que allí leen los periódicos, fuman, tertulian, hablan, tosen, oyen y ven para hablar en otras partes acaso lo que ni vieron ni oyeron, halagan y aun adulan a su defensor, le exponen sus temores, adquieren ánimo, se llenan de esperanzas, y todo está muy bien, pero llega el momento de las costas, el pleito se tranzó; aquí de la astucia, de la malicia y de cuanto agregarse quiera. El cliente ya no es cliente, ya cesaron sus zozobras, ya se desvanecieron sus inquietudes, ya no ha menester del abogado, ya tiene en su poder el dinero que nunca viera en tanta porción reunido, ya manejó según la expresión del Oficial de Causas, y no vuelve, y todo lo olvida y le parecen altos, excesivos, escandalosos los honorarios, inmensas las costas y habla y murmura y pronuncia desatinas y afecta enojos, y quiere con ridícula hipocresía encubrir su punible comportamiento, y el Oficial de Causas, aguerrido, experimentado, instruido en la ciencia de Labater, no



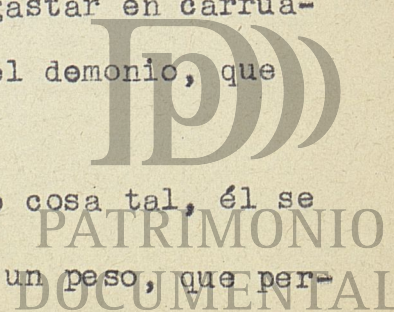
le sorprende saber lo que ya vió su ojo perspicaz en el rostro del cliente agradecido.

Otros se hacen insolventes a pesar de pesares, o llevan mil recibos otras tantas sangrías que disminuyen la exhibición y que el oficial sufre con necesaria resignación. Verdad es que no siempre sucede esto, y que él tiene a veces mas que todos, porque de todos tiene, y de la parte de todos hace la suya.

El Oficial de Causas se pinta solo para un entierro de cruz baja, solemnidad silenciosa en que desempeña a las mil maravillas el principal papel, y lo vais a deducir con solo este antecedente. Cuando veais dormir un proceso; cuando nadie pregunte por él, cuando el procurador contrario no apremia, ni el agente se acuerda tampoco paranada, bien podeis exclamar ¡in profundis! Aquí hubo entierro de cruz baja, y sepultaron con el proceso, al abogado, al procurador, a los agentes, tasadores, ministros, al escribano mismo. Verdad es que suele ser enterrado también el Oficial pero no es lo frecuente, ni tratamos tampoco de escribir sino de aquellas escenas en que en primer término campea el personaje que pintamos. Muchos enemigos, y muy ventajosos e irresistibles tiene el Oficial de Causas. Abre la marcha el litigante insolvente, cáncer que devora, vívora que muerde, Jagtey que se adhiere y se abraza y seca y aniquila y mata, y todo lo quiere en el acto, al momento, con preferencia exclusiva.

Las causas criminales, que le acosan, y le abruma, y le hacen ir continuamente a la cárcel, y suplir papel y gastar en carruaje, y hacer el extracto y el parte quincenal y el demonio, que a tal llega a veces su justísima desesperación.

Se se le ocurre rematar una casita, siervo, o cosa tal, él se arbitra, y busca y halla medios aunque no tenga un peso, que per-



41

sonas de mas tener rematan y no pagan y con los plazos se quedan. Todo lo que el Oficial hace entonces, a todo lo que aspira y aquí prueba su honradez, es a que el defensor, y el procurador y el perito le rebajen algo de su partida, pero siempre exhibe el contado y cuanto a su nombre ofreció el intrépido testafierro que como postor se presentará en la subasta.

Es el Oficial de Causas alma del escribano, y sino dirigir la vista hacia aquella mesa sobre la cual se levantan tantos concursos, intestados, testamentarias, pleitos ejecutivos, ordinarios y criminales que afanoso y a la vez autoriza, y en los cuales imposible le sería intervenir sino fuera por su órgano, que a la misma hora, y el mismo día lo hace aparecer en una junta de acreedores, en un auto de proceder, en un reconocimiento, en unos descargos, o en otras tales diligencias que diariamente ocurren en el cúmulo de negocios que cursan en la escribanía.

En medio de tantos afanes, de tanta constancia, de tan asiduos y penosos trabajos, ¿cuál es la suerte, el porvenir del Oficial de causas? Triste es por cierto manifestarlo. Algunos logran después de mil dificultades ascender a Escribanos reales, y decimos mil dificultades porque, como es bien sabido, el fiat es una roca inaccesible porque hay un número determinado que componen el colegio; porque es necesario una vacante, y esta ni siempre ocurre, ni hay uno solo que a ella aspire. Así pues, el que casi un niño entró en la escribanía, el que en ella vió pasar los mejores años de su juventud, llega a la vejez, pobre, quizás desamparado, cuando una familia le demanda educación y subsistencia; y reproduce a la contemplación de todos el ejemplo de aquellos militares aguerridos que envejecen sin ascenso, y que cargados de

años y de trabajos tienen solo la memoria de las numerosas campañas en que se batieron.

Un hecho notable que está al alcance de todos y que se hace advertir entre el laberinto infernal de oficios, órdenes, embargos, remates, entredichos, pruebas y declaraciones, entre las exigencias mismas de las partes, de los cálculos del interés, del egoísmo, de las pasiones todas que desenfrenadas buscan pábulo e incremento en las contiendas judiciales, demuestran la integridad del Oficial de Causas, de ese individuo que continuamente se afana , que continuamente trabaja sin hallar acaso recompensa a sus fatigas.

Cursan en nuestros tribunales una infinidad de pleitos de la mayor consideración e importancia, en los cuales se reclaman cuantiosas sumas de pesos, jamás que sepamos se ha arrancado un pagaré, ni documento alguno de los procesos, jamás se le ha perseguido por su extravío, y cuenta que en esos documentos está la honra del hombre y la paz de las familias, y la riqueza y bienestar de que gozan, que los autos se entregan al asesor sin recibo, y sin recibo se recogen; que mil manos hojean aquel proceso confiado exclusivamente a las manos del oficial de causas, a quien no sonrien por cierto los halagos de la fortuna. Justicia pues a su reconocida honradez, a su constante laboriosidad, a su íntegro comportamiento!



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA